

CRISTALES MÍOS. LA CASA EN CABO DE PALOS DE MARÍA CEGARRA

Francisco José Franco Fernández

Cronista Oficial de Cartagena
Académico c. de la Real de Alfonso X El Sabio

Pilar Ruiz Cegarra

Sobrina-nieta y ahijada de María Cegarra

Dedicado a la memoria de Fela, presente siempre como María en los recuerdos de aquella casa

Resumen: Recorrido biográfico histórico y literario por la casa en Cabo de Palos de la universal escritora unionense María Cegarra. En este caso, familiar y cronista se dan de la mano para deambular juntos por las estancias de un lugar cargado de magia, poesía y buenos recuerdos familiares.

Desde el recuerdo a su querida ahijada y sobrina Fela, los autores nos muestran el lado más cercano e íntimo de una mujer al tiempo poetisa y científica.

Palabras clave: Cabo de Palos; María Cegarra; poesía; Miguel Hernández.

Abstract: Historical and literary biographical tour of the house in Cabo de Palos of the universal Unionense writer María Cegarra. In this case, a family member and a chronicler join hands to wander together through the rooms of a place full of magic, poetry and good family memories.

From the memory of his beloved goddaughter and niece Fela, the authors show us the closest and most intimate side of a woman who is a poet and scientist.

Keywords: Cabo de Palos; Maria Cegarra; poetry; Miguel Hernandez.

Una casa frente al mar

Cristales Míos es un libro de poemas escrito en 1935 por la unionense María Cegarra, con la particularidad de que fueron producto de la pluma de una poetisa diferente, de una mujer de ciencias que acabó aterrizando en la literatura por casualidad, al dictado de la privilegiada voz de su hermano Andrés, cuya débil salud le impedía reproducir el producto de su fértil imaginación.



Figura 1. La poetisa María Cegarra.

Fallecido el hermano, contagiada del fecundo espíritu, de los aires filantrópicos que corrían en la vecina Cartagena, participante en la Universidad Popular, María vence sus miedos y aterriza con ímpetu en el mundo literario, pero con un estilo diferente:

La sílice es una afirmación con un círculo duplicado. Tierra y Dios: mi barro y mi atmósfera.

La química lo afirma; pero se engaña. No existe la saturación.

Hidrocarburos que dais la vida: sabed que se puede morir aunque sigáis reaccionando; porque no tenéis risa ni aliento, ni mirada ni voz. Sólo cadenas.

Balanza, urna de sensibilidad: eres el crucifijo de la mirada.

La sonoridad de las ebulliciones y de los alambiques es como un viento sin mar y sin molinos.

¡Ansia de la transmutación! Para conseguirte, cada vez más pequeña, más minúscula, más átomo

(*Cristales Míos*, María Cegarra, Editorial Levante, 1935, p. 35).

Su obra está contaminada de los sonidos onomatopéyicos de la mina, de su carácter sobrio y su senequismo cordobés: es una obra que marca su impronta literaria, pues en plena gestación irrumpe Miguel Hernández en su rutinaria vida, y los tres días que pasa el poeta-cabrero invitado por su familia dejan huella en su alma femenina, y su espíritu bullicioso está presente en al menos ocho poemas de los que integran esta obra.

Cristales Míos es la obra que marca la vida de María, es la síntesis de lo que es su existencia, marcada por el día a día de la perito-química, que sale bien pronto y de madrugada hacia las minas para entregar sus análisis y luego hacia Cartagena para dar sus clases. Y pasa sin rubor por el bar Minero, donde se codea con capataces y rudos hombres de la mina, que la respetan porque se hace respetar.



Figura 2. Una casa y un poema, *Cristales Míos*.

Por las tardes, María se encierra en su laboratorio, mientras su hermana Pepita atiende el día a día de la casa y los padres añoran en silencio al hijo perdido.

Pero *Cristales Míos* tuvo 30 años después de su aparición un sentido diferente pues, fallecidos los padres, María regresó al veraneo de Cabo de Palos que tantos recuerdos le traía de aquel tiempo de juventud en el que en compañía de su amiga Carmen Conde y de otras jóvenes promesas de la literatura como el también unionense Antonio Ros, Clemencia Miró, Antonio Oliver o Casimiro Bonmatí, con el apoyo de sólidos valores literarios como Óscar Nevado, Miguel Pelayo o Gabriel Miró, vivieron momentos de enorme satisfacción personal e intensos sueños literarios.



Figura 3. Una habitación con vistas.

Las calas, la historia y los paisajes de Cabo de Palos, tras la pesadilla de la Guerra y la posguerra, volvían a significar para ella, que también conducía Seat Seiscientos en aquella España de 1962, un regreso a días de vino y rosas, pues María necesitaba de nuevo tocar la arena:

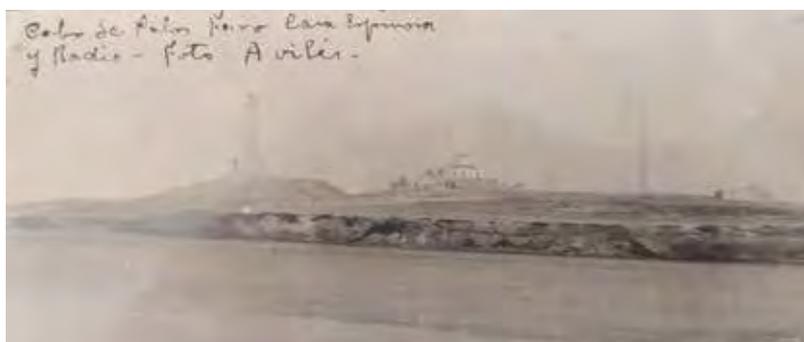


Figura 4. Su retiro en Cabo de Palos.

Arena

Necesito arena.
 Un poco nada más.
 La que cabe en la palma de la mano.
 Pero ha de ser limpia, suave, seca,
 sin conocer orillas ni marcas,
 ignorando pisadas y desnudos.
 Sin voces ni ruidos.
 Que no sepa de peces ni de ahogados,
 ni del rumor de caracolas.
 Sin tortura de ramblas.
 Blanca y pura arena, recogida con cuidado.
Cada día conmigo. Poesía completa (1986). Editorial Mediterráneo.

En aquel verano del 62 en que la España oficial se estremecía por el Contubernio de Munich y Berlanga rodaba su *Bienvenido Mister Marshall*, ácida crítica de ese renovado país abierto ahora en canal a la influencia extranjera, María estrenaba ilusiones y construía a su imagen y semejanza, encajada a los dos lados del Cabo, su nueva morada, llamada también *Cristales Míos*, donde iba a vivir nuevas experiencias otoñales rodeada de su familia más querida: su hermana Pepita, su hermano Ginés y la hija de éste, su adorada Fela, en cuyo nombre se erigió la casa.

María fue testigo de los veranos de Fela, cuyas vivencias le recordaban a las vividas por otros chicos de su ya lejana juventud en los años 20 y 30: la adorada sobrina disfrutaba del nuevo ambiente de la playa de Levante y acompañaba a su reconocida tía a los actos de sociedad en los que ella como concejal que era de La Unión era requerida. Pronto los veranos de Cabo de Palos se vieron alegrados por los hijos de Fela y su marido Paco, protagonistas indirectos de muchas veladas del Festival Internacional del Cante de las Minas, que daba sus primeros pasos y tenía como uno de los principales premios el llamado *Andrés Cegarra*.



Figura 5. Su querida sobrina Fela.

Un lugar de encuentro

Todos los rincones de la casa recuerdan a Fela y a María; es una casa con duende, que estuvo en sus orígenes rodeada de dunas. Desde allí solo se veía a lo lejos el campo y allí cerca, el mar.



Figura 6. Azulejos de la fachada.

Desde el mismo acceso en el que está el azulejo con los nombres y las ventanas mallorquinas de madera en color amarillo, todo recuerda a María, pues se respira la seguridad y la tranquilidad de su carácter; parece que los problemas se quedan fuera.

Es una casa de dos plantas hecha en un estilo que mezcla la sencillez de las casas de los mineros, la planta de las viejas moradas del campo cartagenero y los usos constructivos de la costa cartagenera en los años 60 antes de la gran invasión turística que vino en años posteriores. María llegaba siempre alegre con su familia conduciendo su flamante Seat.

En su dormitorio, abres la puerta y todavía parece que está ella saliendo hacia el jardín, que estaba siempre lleno de gente. También el comedor era un lugar importante: en un costado permanece todavía su pequeña ancla, a la que dedicó un poema que permanece junto a ella enmarcado y autografiado.

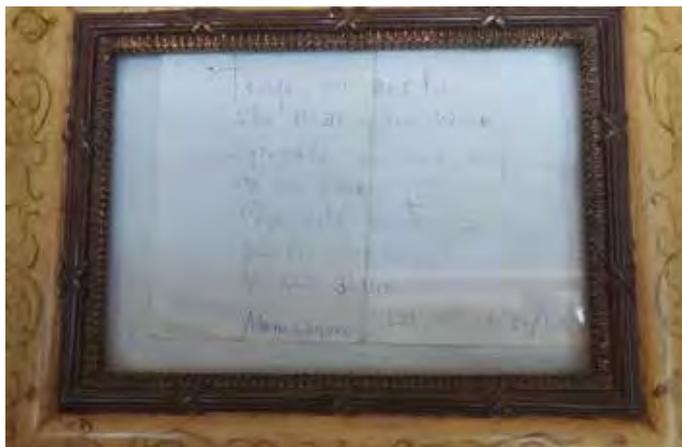


Figura 7. El ancla y su poema

Al otro lado está la escalera, y al fondo la cocina y el enorme cuadro mural que hizo traer en carreta desde La Unión Asensio Sáez. En el rincón del salón donde estaba el escritorio corregía los exámenes de los alumnos, y allí mismo debatía con Asensio sobre el trovero merecedor ese año en el Festival del premio que llevaba el

nombre de su hermano Andrés. Entre los dos revisaban infinidad de letras de trovos buscando hacer justicia.

Aquel jardín donde compuso el poema *Mi casa en el mar* era un lugar de encuentro, tertulia y esparcimiento donde se mezclaban sin distinción alguna en torno a María y su familia intelectuales consagrados como Asensio Sáez, Carmen Conde, Antonio Oliver, Fermín Yeste, Pencho Cros, María Teresa Cervantes o Enrique Viviente; y también jóvenes poetas, músicos y gentes anónimas que le pedían ayuda o consejo.

Recordando a María

Casi sesenta años después de la inauguración de aquella alegre casa, nos sentamos en el jardín donde se reunía María con los suyos y recordamos muchos aspectos de su personalidad, su obra y su poesía, pues aquí se conjugan todas las caras de la poliédrica personalidad de la poetisa: en cada rincón, sus sobrinos han conservado sus fotos, sus cuadros, sus poemas y muchos de los instrumentos de la que fuese su gran pasión: la minería.

La curiosidad del investigador se ve frenada por la prudencia del invitado, y mientras mis ojos y mi cámara se deslizan por rincones y estancias, imagino que en alguno de los cajones debe haber todavía alguna de esas octavillas que anunciaban el gran invento que ha dado a María nombre en el mundo de la ciencia: la *Konglutina*, producida en su laboratorio, M.C.S., ubicado en los bajos del domicilio familiar de la calle Bailén de La Unión.

Es la *Konglutina* un cemento químico completo de gran dureza, que se usaba para tapar grietas, picaduras, roturas, rayas e imperfecciones del hierro, el acero y otros metales. Era el sustitutivo natural de la soldadura.

María, alejada de las grandes ciudades, escondida entre el mar y las minas, entre la poesía y la química, era sin las ostentaciones y el ego de otros personajes de su tiempo una mujer que marcó una época y allí en su jardín, rodeada de sus plantas, de sus muros y de su gente rendimos hoy tributo a su memoria.

María tuvo la suerte de vivir la aventura literaria e intelectual de su hermano Andrés, al que le dio tiempo de estudiar una carrera, escribir un gran ensayo sobre la minería local y fundar *Levante*, la mejor editorial del panorama regional de los años 20.



Figura 8. La poetisa María Cegarra.

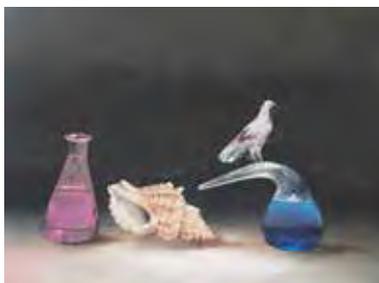
María se codeó con los mejores intelectuales de su tiempo y vivió la aventura republicana de las Misiones Pedagógicas y la Universidad Popular. Conoció perfectamente los paisajes y las gentes del campo, el mar y la mina, que fueron a la postre el motor de su universo literario.

María conoció a Miguel Hernández, el poeta-cabrero, como nadie, pues supo ver más allá de su mera apariencia rústica y vulgar e intentó acercarse al trasfondo de su alma sin valorar demasiado esa belleza salvaje de la que otras poetisas hablaron. Y de esa relación platónica quedó en ambos una breve, pero intensa huella poética.

María sufrió como todos la guerra y sus miserias, supo mantener contra viento y marea sus amistades y apoyó con fuerza la recuperación de la cultura popular y minera. Hoy visitamos la que fue su casa, y recordamos la intensa huella en La Unión, en Cartagena y en Cabo de Palos de aquella mujer que dijo de sí misma:

Desvarío y fórmulas

He sido una sencilla profesora de química.
En una ciudad luminosa del sureste.
Después de las clases contemplaba el ancho mar.
Los dilatados, infinitos horizontes.
Y los torpedos grises de guerras dormidas.
He quemado mis largas horas en la lumbre
de símbolos y fórmulas. Junto a crisoles
de arcilla al rojo vivo hasta encontrar la plata
(María Cegarra, *Desvarío y fórmulas*. 1978, p. 25).



Figuras 9, 10 y 11. Recuerdos de su labor profesional.

Referencias

- Cegarra Salcedo, M. (1935). *Cristales Míos*. Editorial Levante. La Unión.
- Cada día conmigo. Poesía completa* (1986). Editorial Mediterráneo.
- Desvarío y fórmulas* (1978). Editorial Mediterráneo.
- Franco Fernández, F. J. (2021). *Cabo de Palos. Pasado y presente*. Editorial Malbec.
- Franco Fernández, F. J. y Jareño, Joaquín (coords.) (2015). *Miguel Hernández y Cartagena*. Fundación Cultural Miguel Hernández. Orihuela.
- Penalva Moraga, M. R. (2016). *La obra literaria de María Cegarra y su entorno vital* [Tesis doctoral, Universidad de Murcia]. <https://digitum.um.es/digitum/handle/10201/47603>